

PROBLEMA

Anuario de filosofía y Teoría del Derecho 2

FRANKFURT, Harry G., *On Truth*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 2006, 101 pp.*

On Truth es el título del más reciente ensayo de Harry G. Frankfurt, profesor emérito del Departamento de Filosofía de la Universidad de Princeton, en el cual retoma las reflexiones iniciadas en su carismático *On Bullshit* (Princeton University Press, 2005), trabajo anterior en el que desarrollara un interesante análisis conceptual sobre las patrañas.

En *On Bullshit* el profesor Frankfurt, razonablemente preocupado por la manera en que las patrañas, los embustes y otras formas de tergiversación se han instalado en la cultura de las sociedades contemporáneas, se dio a la tarea de especificar las condiciones necesarias y suficientes para aplicar correctamente el concepto de patraña (*bullshit*), llegando a la conclusión de que lo que la caracteriza es su falta de conexión con la verdad. Así, a diferencia del mentiroso, que miente en función de lo que considera como verdad, al patrañero (*bullshitter*) no le importa si lo que dice es cierto o falso; sólo le interesa que sus palabras sean *efectivas* para manipular a su conveniencia las actitudes, sentimientos e ideas de las personas a quienes se dirige, demostrando con ello una indiferencia hacia los valores de verdad y una falta de compromiso por describir la realidad de manera fidedigna. Es por ello que las patrañas, advertía Frankfurt, son “mayor enemigo de la verdad que las mentiras” (p. 61).

Sin embargo, un aspecto que Frankfurt no explicó suficientemente en aquel ensayo es por qué las patrañas son

* Hay traducción al castellano: *Sobre la verdad*, trad. Carme Castells, Barcelona, Paidós, 2007. (N. del E).

indeseables y deberían evitarse; o, dicho de otro modo, por qué la verdad es valiosa y deberíamos tomar cierto cuidado, respeto y preocupación por ella. Tales interrogantes serán resueltas en *On Truth*, atractiva secuela cuya tesis central es que la verdad tiene una importancia práctica.

On Truth está dividido en nueve secciones, en las que Frankfurt brevemente expone el error del movimiento posmoderno en relación con su desdén hacia la verdad; subraya la relevancia fáctica e instrumental de la verdad; sostiene, mediante un argumento spinoziano, la necesidad natural de amar la verdad; destaca el significado normativo de la verdad para tomar cursos de acción racionales; justifica la exigencia ética de conducirse con veracidad y fidelidad en las relaciones humanas; analiza el aspecto destructivo de la mentira, el error y la ignorancia; ilustra, con el ejemplo de un soneto de Shakespeare, cómo la mentira puede ser excepcionalmente valiosa; y, por último, reflexiona sobre cómo se constituye la identidad personal a partir de la experiencia de la realidad.

*

Ya en las últimas páginas de *On Bullshit* Frankfurt se preguntaba por la razón de que existieran tantas patrañas en la cultura. Pero no es sino hasta *On Truth* que el autor se refiere explícitamente a un grupo de intelectuales que, en buena medida, habría contribuido a desestimar el valor de la verdad: el movimiento posmoderno.

A decir de Frankfurt, el movimiento posmoderno está constituido por una corriente de escritores, periodistas, historiadores, biógrafos, cronistas, teóricos de la literatura y filósofos —entre otros— que rechazan la posibilidad de conocer la realidad. Estos pensadores consideran que cualquier pretensión de verdad es discutible, ya que todo intento por trazar una diferencia objetiva entre la verdad y la falsedad está dirigido, en última instancia, por el punto de vista arbitrario y subjetivo de cada persona. En otras versiones,

añade Frankfurt, los autores posmodernos cuestionan el mérito de la verdad porque ésta se encuentra determinada por las exigencias del mercado, por un discurso de poder o por alguna otra estructura totalizadora que la impone unilateralmente. De esa manera, el movimiento posmoderno habría promovido, a través de sus posturas escépticas, una falta de aprecio por la verdad y, con ello, una situación propicia para las patrañas (pp. 20-1).

Hoy en día existen muchos individuos que opinan, en efecto, que la verdad no merece ningún respeto especial; más aún, que es sano que ella no exista para que cada quien pueda vivir desde su punto de vista, de acuerdo con sus propios gustos e inclinaciones. Esta especie de solipsismo se ha convertido en un paradigma de la comunicación que, sin lugar a dudas, degrada la calidad de la información compartida socialmente y trivializa las relaciones intersubjetivas. Con el tiempo, advierte Frankfurt, las personas se tornan cada vez más indiferentes ante la necesidad de poseer información veraz, común y objetiva, lo cual repercute naturalmente en su capacidad para tomar decisiones apropiadas y exitosas, tanto a nivel individual como colectivo.

Es probable que Frankfurt tenga razón al señalar el peligro que representa no contar con ningún criterio de verdad que guíe correctamente la acción. No obstante, carece de una buena justificación para responsabilizar a un grupo indeterminado de intelectuales de generar este peligro. Desde luego, muchas reflexiones posmodernas ponen en cuestión el hecho de que la razón sea asumida como una piedra de toque para determinar verdades inobjetables, al mismo tiempo que conceden una gran relevancia a la subjetividad y a la perspectiva. Sin embargo, de allí no se sigue que los posmodernos nieguen todo tipo de certeza, ni tampoco que suscriban una tesis extrema del relativismo. Da la impresión de que Frankfurt asume que los pensadores "posmodernos" están comprometidos con esta falacia. Y por desgracia, al no distinguir ninguna corriente posmoderna

ni mencionar a un autor en particular para discutir sus ideas, su reproche no parece alcanzar a nadie.

Sin embargo, lo más destacable de esta crítica es el hecho paradójico de que Frankfurt coincide con el movimiento posmoderno en un aspecto relevante: a él tampoco le interesa conocer una realidad trascendental, ni definir la verdad sustantivamente. Frankfurt abandona por completo la discusión sobre la verdad en los terrenos del realismo y la metafísica; en vez de ello, se propone explicar la verdad desde un enfoque pragmático. Pero cabe decir que este enfoque es, en principio, compatible con la crítica posmoderna a las categorías ontológicas que tradicionalmente se atribuyen a la verdad. Esto deja claro, por lo tanto, que la acusación a un presunto movimiento “posmodernista” de propiciar una falta de interés por la verdad es superficial; del mismo modo que la pretensión inicial del ensayo de enmendar el error posmoderno resulta ser penosamente efectista.

*

Frankfurt propone comprender la verdad desde una posición no pretenciosa y filosóficamente ingenua. Esto es, de la manera habitual en que el común de la gente emplea la palabra: para comunicar verazmente su nombre, su edad, su dirección u otros datos. Pero no sólo eso, la verdad también es un aspecto de la realidad que se ve reflejado en nuestra conducta cuando reaccionamos de *cierta manera* ante muy diversas situaciones externas. Por ejemplo, el hecho de que una persona cruce una calle sin ser atropellado, supone un conocimiento de la realidad con base en la cual aquélla ajusta su comportamiento. Así, en la medida en que logramos tener un dominio apropiado del mundo externo y conocemos cierta información relevante en relación con éste, aumenta la capacidad de tomar decisiones correctas y de conducirnos con certeza, seguridad y confianza.

En este sentido, es completamente razonable el reclamo de Frankfurt en cuanto a que las sociedades no deben darse el lujo de menospreciar la verdad, ni desalentar a los ciudadanos para que se esfuercen por adquirir y explotar conocimientos verdaderos. Una sociedad que es negligente o descuidada con respecto a la verdad —afirma Frankfurt— se dirige a la ruina o a permanecer culturalmente inerte, porque entonces es incapaz de planear o dirigir racionalmente su destino (pp. 33-4). Las civilizaciones necesitan dominar grandes cantidades de información fáctica confiable y especializarse en el uso de verdades; de lo contrario, ya sea por error o por ignorancia, sus metas se verán frustradas e incluso algunas malas decisiones podrían poner en peligro su permanencia.

Asimismo, dado que las personas por lo general pretenden dirigir el curso de sus vidas, la necesidad de cultivar la verdad también opera a nivel individual. El éxito de las metas personales depende de la cantidad de verdades que el agente utilice y su destreza para tomar buenas decisiones. Una persona que, por el contrario, se guíe mediante corazonadas o especulaciones, acabará por sucumbir a causa de su irracionalidad. En este sentido, la verdad —dice Frankfurt— es indispensable para conservar la vida, comprenderse a sí mismo y vivir plenamente de acuerdo con sus propias potencias (p. 46). Es por ello que la necesidad de atender la verdad —e incluso *amarla*, como sugiere el argumento de Spinoza— adquiere un profundo significado ético.

Ahora bien, es importante aclarar que la realidad de la que habla Frankfurt no es concebida desde un punto de vista ontológico sino pragmático. De ese modo, en el caso de los seres humanos, la realidad estaría definida por la manera en que los hechos fácticos son socialmente comprendidos. Y aunque la realidad pueda ser muy compleja e incluir diversas interpretaciones de hechos culturales e históricos, eso no significa, sin embargo, que ella sea *absolutamente* inaccesible. La comprensión regular y común de la realidad es lo suficientemente provisional como para permitir que existan

proposiciones que pueden confirmarse. Así que por muy difícil que sea comprender una realidad —como la realidad política de una sociedad, por ejemplo— siempre existirá la *posibilidad* de discernir un camino de acción pragmáticamente objetivo y razonable del que no lo es.

En consecuencia, las verdades pragmáticas que describe Frankfurt a lo largo de *On Truth* no pretenden alcanzar ninguna categoría trascendental ni necesitan explicarse en términos analíticos. Antes bien, por el contrario, Frankfurt admite la posibilidad siempre latente del error, la confrontación entre los diferentes juicios, e incluso reconoce el valor que podría tener eventualmente una mentira —como en el caso del soneto de Shakespeare—.

*

En mi opinión, lo más interesante de *On Truth* es la propuesta de comprender la verdad fuera del contexto sacralizado de la ciencia, la teología o la metafísica. La verdad no puede limitarse a ser el último episodio de un complejo proceso de cognición —como lo sería una ecuación matemática o el resultado de un sofisticado informe científico— ni mucho menos una entidad abstracta y misteriosa. Me parece más plausible la modesta concepción de verdad que se desprende de *On Truth*, la cual se funda en el más elemental y cotidiano aspecto de la realidad, a saber, en la certidumbre común con que los individuos experimentan su relación con el mundo.

Debe notarse, además, que la experiencia del mundo no es exclusiva de los seres humanos; también los animales tienen criterios de comportamiento basados en su peculiar manera de comprender —que no entender— el mundo externo. Una ardilla no llega por medio de la inducción a la conclusión de que el próximo invierno también necesitará reservas de alimento, y sin embargo la ardilla “sabe” qué hacer para cumplir con su meta de supervivencia. Esa manera de sobrellevar la realidad, por lo tanto, constituye un

paradigma de verdad en el sentido pragmático descrito en *On Truth*.

Sería interesante saber si Frankfurt está dispuesto a aceptar esta tesis. Y aunque Frankfurt no dice nada al respecto, vale la pena subrayar esta idea para enfatizar que no todo comportamiento respetuoso de la verdad tiene que ser necesariamente racional, como a veces parece sugerir el ensayo. La mayoría de las personas son inconscientes en muchos de sus actos. Gran parte de nuestro comportamiento está basado en nuestra comprensión meramente habitual del mundo. Muchos de nuestros movimientos son automáticos: se han ajustado al modo en que nuestra percepción, a fuerza de repetición, ha adiestrado nuestro cuerpo. Ese es el sentido que han adoptado algunas teorías del conocimiento que renuncian a tomar como punto de partida la razón, como el caso de la *Fenomenología de la percepción* de Maurice Merleau-Ponty. Allí, desde luego, también la comprensión fenoménica de la realidad constituye un paradigma de certidumbre. De igual modo, hay conductas más complejas que están condicionadas por la *forma de vida* que se vive en la sociedad, sujetándolas a pautas de comportamiento que no necesariamente son racionales, aunque sí contundentes. Por tal motivo, al leer *On Truth* habría que evitar suscribir un nexo tan fuerte entre la racionalidad y la verdad.

Enrique RODRÍGUEZ TRUJANO